



HAY maneras de llevarse la Plaza Mayor a Cataluña, por ejemplo piedra a piedra, y también modos de devaluar lo que significa nuestra fachada plateresca universitaria de la dichosa rana, v.gr., creando nuevas “universidades”, facultades, o autorizando grados y máster a tutiplén; no apoyando como merece la USAL, para que conmemore sus ocho siglos de antigüedad, o para que logre ser Campus de Excelencia.

Cuando el firmante estudió, había en España solamente doce universidades, con rectores de la talla de Legaz Lacambra, Sánchez Agesta, Fernández Miranda, Laín Entralgo, o Balcells Gorina. Ahora caminamos hacia las cien, y solo en Castilla y León

ya tenemos autorizadas ¡nueve! Entre las públicas, la mejor, Salamanca —con sus campus en Ávila, Zamora y Béjar—; Valladolid, León y Burgos; y privadas como nuestra excelente Pontificia, la católica Santa Teresa de Ávila, la IE de Segovia, la “europea” Miguel de Cervantes, y ahora la “internacional” de Castilla y León. Todavía no hay Universidad en Fuentesauco ni Ponferrada, pero todo se andará, porque detrás de los polideportivos en cada villorrio, sin deportistas, un visionario puede montar un estudio sin fronteras y vender pergaminos de máster de las disciplinas más pintorescas, que me sugiere mi tía Red: Jefe Observacional de Movimientos (portero); Auxiliar de Servicios de Ingeniería civil (albañil); o Consultora de Asuntos sin Especificar (adivina, echadora de cartas).

Tratándose de un tema tan serio, me cuesta y aburre opinar rigurosamente. A Salamanca le tocan cinco “campus”, porque con la pública USAL y la privada UP-

CALLE DEL DESENGANO Universidades... y otras cosas parecidas

ALBERTO ESTELLA



Esperemos que a la Junta de Castilla y León no le dé ahora por crear su “músculo universitario”

SA, su territorio lógicamente entrará en las ambiciones de la “europea” de Pucela (que acaba de mandar dos alumnos al rallye de Mongolia, se lo juro), y ahora de la “internacional” de Burgos, además de ser, sí, la sede de una “Universidad Popular”. Esta última lleva por apellido “Nicolás Martín Sosa”, que fue un profesor canario, ecologista, que fundó el invento con el cura del Barrio de Buenos Aires —el de los excluyentes y excluidos—, o sea. La última autorizada levantó ampollas porque se pretendía llamar —no sé si al final lo ha conseguido—, “Internacional de Castilla y León”, lo que es un agravio a las que son internacionales de siglos, como la nuestra; y porque aparenta ser la “oficial”, cuando es privadísima. Ignoraba quién sería su rector, hasta que ayer le oí por la radio, quejándose de algo. Me sonaba aquella voz, y resultó que era de Isidoro González Gallego, que durante la transición estuvo en Salamanca de delegado de Educación —muy competente—, y cuando se trasladó al “Monti-

co”, adquirió el hermoso patio de la vieja sede de Correos. Mi admiración personal por Isidoro, al que desde ahora llamaré “Magnífico”, como corresponde a un rector, porque comenzó a trabajar con catorce años de botones en una notaría de Valladolid y ha llegado a fundar y presidir una Universidad, eso sí, “no presencial”, es decir, que todo on line, por pantalla, cacharrito y tal y tal. Pretende “transmitir de forma óptima los valores de la nueva era a las generaciones presentes y futuras”. No lo entiendo porque vengo de cuando la Universidad era el

ayuntamiento de profesores y alumnos, y aprendí en el Consejo Social de la USAL que una de las bases del Espacio Europeo de Educación Superior (para

entendernos, Bolonia), es lograr una relación más personalizada entre profesores y estudiantes (ayer pretendí matricular una persona en la Escuela Oficial de Idiomas y me enteré de que no la admitían porque carecía de “escolaridad”, vamos, que no había asistido físicamente a ninguna clase del curso anterior). Aprender sin presencia debe ser algo así como el matrimonio del principito de Mónaco y su chica Charlene, con luna de miel sin lecho conyugal que compartir.

Resumen: plétora de centros, títulos, becas de colorines, máster a go-go, diplomas para políticos sin carrera, mucetas y birretes de guardarropía, y doctorados “honoris causa” a algunos intelectualmente indigentes. Esperemos que a la Junta de Castilla y León no le dé ahora por crear su “músculo universitario” y obligue a fusionarse a las universidades de verdad y a las otras cosas. Mejor que apoye seriamente, y con pasta, el Campus de Excelencia y el 2018.